

se de los bienes de la reina, que eran objeto de su ambicion, y resolvió proceder como si le hubiesen dicho la verdad.

Habia el inconveniente de que la reina disponia de fuerzas considerables que no hubiera sido prudente despreciar. Su dominio se extendia en un país vasto y muy poblado, pues los historiadores contemporáneos aseguran que Anacoana tenia trescientos caciques por vasallos y que estaban obligados á presentar cada uno su contingente de tropas auxiliares cada vez que la reina reclamase su auxilio. Ovando lo sabia, y no atreviéndose á declarar la guerra á la reina Anacoana ni correr el peligro de romper las hostilidades contra un enemigo tan poderoso, tomó el partido mas seguro, aunque me- menos noble, cual fué el de recurrir á una estratagemas.

Para asegurar el resultado de la emboscada que meditaba, avisó á la reina de que iba á pasar á visitarla, para estrechar los lazos de amistad que unian á los dos pueblos, y que iria acompañado de un numeroso séquito, para rendir mas digno homenaje al poder de la soberana. Púsose al instante en camino seguido de trescientos infantes y setenta caballos. Anacoana, que no tenia sospechas y miraba como un festejo la visita que le hacian aquellos estrangeros á quienes profesaba un sincero afecto, quiso dar al recibimiento que pensaba hacerles, todo el carácter de una solemnidad régia, y convocó á todos sus vasallos. Apresuráronse éstos á concurrir

á al llamamiento, y con tan brillante comitiva salió á recibir al gobernador.

Así que Ovando se presentó, la reina hizo la señal de que empezasen los cánticos y los bailes y condujo al gobernador á la residencia real. Allí con su bondad natural apuró su ingenio para hacer agradable aquella mansion al jefe español, multiplicando los juegos y diversiones que se usaban en su pueblo, que con su algazara favorecia las intenciones de su soberana. Ovando se manifestó muy satisfecho de aquel recibimiento y para corresponder á él pidió permiso á la princesa de ofrecerla á ella y á toda su corte el espectáculo enteramente nuevo de una diversion europea. Ovando sabia muy bien que la reina no le habia de hacer un desaire, y así es que al otro dia no solo se reunió la corte, sino que acudieron al espectáculo prometido una multitud de indios atraidos por la curiosidad. Entonces el gobernador con pretesto de dar algunas órdenes para la funcion, salió de la sala atestada de espectadores.

En breve volvió á presentarse á la cabeza de sus ginetes y precedido de soldados que ocuparon todas las avenidas de la plaza donde debia darse la funcion; despues se dirigió hácia la espaciosa sala, formada por un cobertizo sostenido por un gran número de pilares, donde estaba reunida la corte en presencia de Anacoana. Los indios, creyéndose en completa seguridad, se estasiaban con la belleza de aquel espectáculo militar. De improviso Ovando lleva la mano á su cruz, y á esta señal con-



venida, los soldados tiran de sus espadas y se precipitan sobre los consternados indios, atropellándolos sin distincion de sexo ni edad. La reina es sorprendida y cargada de cadenas, los caciques sujetos tambien, la sangre corre en abundancia entre los gemidos de los moribundos y el clamor de los combatientes, y por último, se prende fuego al edificio, que desplomándose acaba de rematar á las víctimas.

La infeliz Anacoana sobrevivió á tantos desgraciados como habia visto perecer; pero todavía era mas digna de lástima que ellos. Al menos si hubiera sufrido su suerte, no hubiera visto prolongarse su suplicio con el escarnio de una justicia sanguinaria. Fué llevada á Santo Domingo para la formacion de su causa. En vano se buscaron pruebas para convencerla del crimen de que la acusaban; solo constaba su afecto sincero á los españoles, á aquellos mismos que habian correspondido á sus bondades con su perfidia, y cuyas solas declaraciones bastaron para que los malos jueces sentenciasen á la pena capital á la desgraciada reina. Esta execrable sentencia se ejecutó á vista de los mismos que no habian esperado á su muerte para apoderarse de sus Estados.

El suplicio de Anacoana aterró á lo restante de la poblacion india en términos que no se volvieron á hacer mas tentativas para sustraerse á la opresion. La reina Isabel habia siempre recomendado que se tratase á su pueblo con humildad y dulzura:

mientras que ella vivió, los tiranos se contuvieron; pero su muerte fué en cierto modo la señal de todos los excesos, de todas las violencias. No hubo un poder protector que se interpusiese entre el opresor y el oprimido, entre el tirano y la víctima entregada á merced de su codicia sanguinaria. Es verdad que un digno sacerdote católico, un varon cuyo nombre debe ser pronunciado con respeto, Bartolomé de las Casas (1), tomó á su cargo la defensa de aquellos desgraciados pueblos. Consagrandó su vida á esta santa mision, á este sublime ministerio de humanidad, imploró sin cesar, ya en España, ya en las

[1] *Fray Bartolomé de las Casas, varon apostólico, primero capellan, despues religioso dominico, y últimamente obispo de Chiapa. A este hombre piadoso debieron los indios grandes beneficios, por lo que le amaban entrañablemente. Constituido en protector suyo, recorrió todas las Américas, nombrado en 1516 por el cardenal Cisneros. Pasó cuatro veces hasta Alemania para verse con el emperador, y cruzó diez y siete veces el Océano para defender la causa de los indios, esponiéndose á persecuciones. Escribió algunas obras é intervino en la formacion del código de Indias; tambien se le atribuye la idea de establecer audiencias en América, á donde los naturales pudiesen recurrir contra los abusos de sus señores. Casas, sin embargo, dejándose llevar de su celo, ha desfigurado algunos hechos y ha dado márgen con sus declamaciones á las invectivas que nos prodigan los extranjeros.—(Nota del traductor.)*



Indias occidentales, la compasion en favor de los infelices indios. Hasta su último suspiro defendió valerosamente esta noble causa; mas ¡ah! la voz de un hombre solo, era insuficiente contra esfuerzos conjurados, contra la liga de los opresores, que oponian por únicos argumentos á las mejores razones de las Casas, las barras de oro que enviaban á la corte de España.

La poblacion india disminuyó de un modo tan espantoso en la isla Española, que no se encontraban indígenas suficientes para la explotacion de las minas. Ovando propuso entonces al rey volver á poblar la isla, trayendo los habitantes de las islas Lucayas descubiertas por Colon en su último viaje. Su objeto, segun decia en la Memoria que dirigió al monarca, era instruirlos mas fácilmente en la religion cristiana. Este piadoso pretesto hizo que fuese aceptada su propuesta; pero como el realizarla ofrecia algunas dificultades por la resistencia de los indios, amantes de su país natal, recurrió á la astucia para hacer caer en el lazo á un pueblo débil y crédulo. Mandó equipar con la mayor presteza algunos navíos que se hicieron á la vela para las Lucayas. Cuando desembarcaron los diputados de Ovando, á quienes era ya familiar el idioma de las islas, dirigieron á los habitantes esta solemne mentira en forma de alocucion: "Buenas gentes, les dijeron, venimos á daros una buena noticia: nosotros venimos del país de los bienaventurados, habitado por vuestros mayores y en el que pasan su vida en

medio de inefables delicias, en el seno de una felicidad imposible de pintar. Os suplican que váyais lo mas pronto posible, porque os esperan para que disfruteis en su compañía esta felicidad; persuadidos nosotros de que acudireis prontamente á su invitacion, nos ofrecemos á llevaros en nuestros navíos."

Apenas estos embusteros acabaron de hablar; cuando los habitantes, demasiado sencillos para sospechar el engaño de que iban á ser víctimas, corrieron á la costa pidiendo los embarcasen en los navíos para irse á reunir con los objetos de su cariño y su respeto: mas de cuarenta mil de aquellos infelices pasaron á bordo para ser conducidos á la isla Española.

Así que llegaron á esta isla, conocieron que los habian engañado indignamente y muchos murieron de pesadumbre, mientras que otros se espusieron á los mayores peligros para volver á su patria y escapar de la esclavitud. Algunos fueron encontrados por un navío en alta mar á mas de cincuenta leguas de la Española, sentados en un tronco de árbol para sostenerse encima del agua y esforzándose para llegar á su país con ayuda de los remos. No llevaban mas provision que calabazas llenas de agua dulce atadas al tronco que les servia de embarcacion. Fueron vueltos á la Española para seguir en la esclavitud. En fin, á la astucia, que ya era ineficaz, sucedió la violencia, llevándose por fuerza los habitantes de aquellas islas muy pobla-



das, y en pocos años al movimiento de una población numerosa sucedió en ellas el silencio del desierto y la calma de la tumba.

El virtuoso las Casas había hecho inútiles esfuerzos para salvar á los infelices cuya defensa había emprendido; pero extraviado en su celo por la libertad de sus protegidos, de sus amigos de América, recurrió á un medio que debía causar la destrucción de otra especie de hombres. Aconsejó se comprasen negros de la costa de Africa, que mas robustos que los americanos, aguantarian mejor el penoso trabajo de las minas. El gobierno español siguió este consejo, y tal fué el origen de ese comercio bárbaro de esclavos (1), de ese infame tráfico, que durante muchos siglos ha costado cada año la libertad y aun la vida á mas de cuarenta mil negros, y que aun en nuestros dias vemos que resiste á los esfuerzos de grandes naciones de Europa coligadas para

[1] *La esclavitud de los negros data desde la mas remota antigüedad; siempre los habia habido en Grecia, en Roma, en los vastos dominios de los emperadores de Constantinopla y en las poblaciones musulmanas. Sin apelar á los tiempos antiguos, los portugueses empleaban ya los esclavos en sus posesiones de Africa desde antes de 1481. Los primeros esclavos no entraron en la isla de Santo Domingo hasta el año de 1501; por consiguiente los españoles en todo caso no hicieron mas que imitar el ejemplo de otras naciones que hoy mas se precian de filantrópicas.—(Nota del traductor.)*

abolirle. En cuanto á los pobres americanos, su suerte poca mejoría tuvo, pues continuaron sufriendo la esclavitud!

Ibase acercando el momento en que llamado Ovando á España, daría fin la administración de un hombre que tanto mal había hecho á los Colonos. Don Diego, el primogénito de los hijos del almirante, reclamó con vivas instancias despues de la muerte de su padre, la ejecución del contrato que había hecho con el rey, pidiendo el título y funciones de virey de las Indias occidentales, en nombre del acta solemne que aseguraba perpetuamente su posesión á la familia de Cristóbal Colon. Pero el rey Fernando siguiendo la conducta de que el almirante se quejaba con tanta amargura y que aceleró el fin de sus dias, fué tan injusto con el hijo como lo había sido con el padre, y sin hacer caso de las representaciones de don Diego, ni de las personas que se interesaron por él, persistió en una negativa que debía ser un borron de su memoria.

Indignado de esta falta de justicia y confiando en su derecho, don Diego no tuvo miedo de citar al rey ante el tribunal establecido para entender en los negocios de América. Los jueces se honraron con su animosa imparcialidad, declarando que el monarca debía cumplir á don Diego las promesas que había hecho á su padre. A pesar de todo, don Fernando tal vez no hubiera hecho caso de esta decisión y don Diego hubiera visto otra vez sus pretensiones desestimadas por el rey, á no haber encon-



trado una poderosa proteccion en la corte obteniendo la mano de la hija de uno de los primeros señores del reino. Era sobrina del duque de Alba, que no puso reparo á un enlace con un personaje á quien la sentencia del tribunal habia investido con la mas alta dignidad de la monarquía española. El crédito de esta familia ilustre y sus poderosos empeños triunfaron al fin de la mala voluntad de Fernando, que se decidió á condescender con la demanda de don Diego. Ovando fué llamado y toda la familia de Colon se embarcó para la isla Española. Don Diego iba acompañado de su hermano, de sus tíos, de su esposa y muchos españoles de distincion. Llevaba un tren cuya magnificencia correspondia á la importancia de las funciones que iba á ejercer en América, y se mostró en la isla Española digno del nombre de su padre, digno de la nacion que representaba. Gracias á su administracion, la colonia se halló en poco tiempo muy floreciente, y entre las familias ilustres que ocupan hoy dia una brillante posicion en la América española, se cuentan muchos descendientes de los compañeros de don Diego.

Debemos ahora dar á conocer el sucesivo incremento del poder español en estas regiones.

Ya en los tiempos en que Ovando gobernaba la isla Española, un tal Juan Ponce habia solicitado y obtenido del gobernador el permiso de establecer una colonia en la isla de Puerto-Rico, descubierta por Colon. Creíase generalmente que habia mucho oro en esta isla y por esso muchos aventureros, se-

ducidos con la perspectiva de una brillante y pronta fortuna, se reunieron á Ponce, que al desembarcar en Puerto-Rico no tuvo queja de los habitantes. Igualaban estos en dulzura y humanidad á los indios de la isla Española, y penetrados de un santo respeto á los extranjeros blancos que venian á visitarlos, los miraron como seres celestiales. Para dar al jefe español una prueba de estrecha alianza y entera amistad á la manera de los indios, un cacique tomó el nombre de Juan Ponce Aqueynoba.

No tardaron los indios en desengañarse que no eran dioses aquellos extranjeros, que arrojando bien pronto la máscara hipócrita con que se habian cubierto para engañar mejor á los crédulos indios, los trataron con tanta crueldad que hasta hubiera sido difícil el tenerlos por hombres. A pesar de todo, los jefes indios quisieron quedar bien seguros de que los hombres blancos eran de naturaleza mortal. Determinados á averiguarlo haciendo un experimento con uno de ellos, esperaron y encontraron al fin una ocasion favorable á sus deseos.

Un jóven español que se habia internado en la isla para visitarla, entró al acercarse la noche en casa de un cacique á pedirle hospitalidad. El cacique le recibió de buena gana y le hizo sentar á su mesa. Al otro dia mandó que le acompañasen algunos hombres para llevar su equipaje y servirle de guías; pero el cacique les habia dado instrucciones secretas acerca de la conducta que habian de observar con aquel extranjero.



Llegaron á la orilla de un río y uno de los indios se ofreció á pasar al español sobre sus hombros. Aceptó este la proposición; pero el indio al llegar al medio del río, se dejó caer de modo que pilló al jóven extranjero debajo, y con ayuda de los otros indios, le tuvo sujeto en el fondo del agua, hasta que no dando ya señales de vida le sacaron á la orilla.

Estaban aquellos hombres sencillos tan creídos de que los españoles eran inmortales, que no podían persuadirse de que el ahogado estaba muerto, y temiendo su venganza le pedían perdón del accidente que le había hecho beber tanta agua, protestando su inocencia y asegurando que les había sido imposible acudir más pronto á su socorro. Permanecieron tres días junto al cadáver suplicándole que les perdonase; tanto era lo que temían que resucitara. Convencidos en fin por el mal olor que exhalaba el cuerpo, de que realmente estaba privado de vida, corrieron al cacique para anunciarle que se podían matar á los hombres blancos.

El cacique se apresuró á dar parte de tan feliz descubrimiento á los otros caciques, que juraron exterminar á los españoles; pero entre un pueblo débil, desnudo y armado de flechas, y soldados veteranos con espadas, armas de fuego, caballos y buenos perros, la lucha no podía ser duradera y los indios debían sucumbir muy pronto. Sorprendieron, es verdad, á los españoles con un imprevisto ataque y asesinaron á un centenar de ellos dispersos por la isla; pero los españoles acudieron bien pronto al

desquite, que fué terrible, é hicieron pagar cara su audacia á los indios. Ponce reunió á sus compañeros, casi todos veteranos del ejército español, persiguió y acorraló á los indios en sus madrigueras, y los que escaparon del hierro enemigo, no pudieron escapar del cautiverio. Mientras que hacía á los habitantes esta guerra de esterminio, recibió nuevos refuerzos de la isla Española, con los que pudo continuarla con más vigor. Lo que contribuyó más pronto á terminarla, fué el error de los salvajes, que al ver estos nuevos españoles se imaginaron que eran los mismos á quienes habían dado la muerte, y desesperando de resistir á unos seres que resucitaban para volver á la pelea, se sometieron voluntariamente al yugo de la esclavitud.

Al dar cuenta de la matanza acaecida en la isla de Puerto-Rico, los historiados de la época hacen grandes elogios del instinto é intrepidez de un perro llamado Becerrillo, anotando algunas de sus hazañas para admiración de los contemporáneos y de la posteridad. "Este animal, dicen, distinguía con una sagacidad verdaderamente maravillosa, á los indios amigos ó enemigos de sus amos. Así es que temían más á diez españoles con el perro que á ciento sin él. Para tenerle más contento le daban en la guerra la misma parte en víveres, en oro y esclavos que á un español; generosidad singular que aprovechaba el amo de Becerrillo." Los mismos historiadores para probar el instinto de este animal refieren el hecho siguiente. "Una vieja india abor-



recida por algunos españoles feroces, fué sentenciada por ellos á uno de los mas horribles suplicios que la imaginacion puede concebir. Enviáronla á que llevase una carta á sitio determinado, y apenas hubo partido, soltaron tras ella al perro, esperando que seria hecha pedazos por este animal. Cuando la infeliz india vió venir á Becerrillo furioso, se puso de rodillas y le dirigió esta plegaria: "¡Ah! señor perro, os suplico que no me hagais daño, porque tengo que llevar esta carta á unos cristianos." Al escuchar estas palabras se apaciguó el furor del perro, meneó la cola, hizo caricias á la vieja y se retiró sin hacerle daño.

Las importantes y fáciles conquistas de los españoles aumentaban su ardor entusiasta por los nuevos descubrimientos. El primer cuidado de don Diego, celoso de estender su autoridad y el dominio español, fué el fundar una colonia en la isla de Cubagua, descubierta por su padre y situada cerca de otra mayor llamada la Margarita, á poca distancia de la costa de Cumaná. Don Diego queria establecer allí una pesquería de perlas; pero la pesca de las ostras ó conchas en que se forman las perlas es muy penosa y muy espuesta. Los pescadores, que son casi siempre infelices esclavos, se tapan las narices y las orejas con algodón, se colocan en la boca una esponja empapada en aceite y atados á una cuerda, sujeta por la otra punta por los hombres que van en unas bareas, se sumergen así al fondo del mar para recoger los preciosos testáceos.

Don Diego pensó con razon que los indios, hábiles en el arte de nadar, y sobre todo en el de zambullirse, serian mas á propósito para la pesca de las perlas que para el trabajo de las minas. Envió por lo tanto muchos á Cubagua con inspectores europeos, y el resultado acreditó la exactitud de la observacion de Cristóbal Colón, que habia anunciado que cerca de las costas de esta isla debian hallarse perlas con abundancia. Los productos de la pesca fueron muy ventajosos al rey y á su teniente; pero los indios empleados en ellos sucumbieron casi todos, y bien pronto la colonia, á causa de la esterilidad de esta isla, tuvo que trasladarse á la Margarita, que ofrecia mas recursos para un establecimiento de este género.

Casi en la misma época, don Diego tomó en nombre del rey de España posesion de la Jamaica; reunió colonos, y los habitantes de esta isla fueron condenados á la esclavitud como los demás indios.

Cuba no podia conservar por mas tiempo su independencia, y Velazquez (1), que se habia distinguido entre los compañeros de Colón por su valor y habilidad, fué el jefe á quien don Diego encomen-

[1] *El adelantado Diego Velazquez, natural de Cullar, el conquistador mas pacífico y el que mas hizo florecer los nacientes pueblos americanos. Fundó trece villas y proporcionó recursos para la grande expedicion que pasó á conquistar el vasto continente americano.—(Nota del traductor.)*



dó la conquista de esta isla. Muchos españoles que ansiaban enriquecerse, quisieron acompañar á Velazquez en esta expedicion, que llegó á desembarcar en la punta oriental de Cuba.

Hallábase entonces dominada la isla por un cacique llamado Hatuey, que habia venido á buscar refugio contra la esclavitud que le amenazaba en la isla Española. Animado del ódio mas violento y mas legítimo contra los opresores de los indios, y esperando el ataque de los españoles, mantenía espías, en la isla Española á fin de tomar sus medidas y preparar sus medios de defensa cuando fuese avisado de la inminencia del peligro. Instruido por sus espías del proyecto formado por don Diego y del equipo de la escuadra mandada por Velazquez, reunió al instante sus súbditos y sus aliados, para darles parte de las noticias que acababa de recibir y exhortarlos á que tomasen las armas en defensa de sus bienes, de su vida, y sobre todo, de su libertad. Todos le respondieron que estaban prontos á morir por tan sagrada causa.

“Me complazco, amigos míos, les dijo, al ver tan nobles sentimientos; mas para triunfar de nuestros tiranos, para obligarlos á que se alejen de nuestro país, debemos pensar en una cosa indispensable. Vosotros no sabeis lo que les trae á estos parajes: es su dios el que vienen á buscar aquí. ¿Hay acaso alguno entre vosotros que no conozca este dios? Aquí está, miradle, amigos míos.”

Pronunciando estas palabras, sacó un cestillo lle-

no de oro y les aseguró que aquel metal que para nada servia, era sin embargo el dios por quien los cristianos arrostraban los mayores peligros, y que solo por encontrarle en su isla pensaban conquistarla. “Tenemos, continuó, un medio fácil de hacerla propicia esta actividad, y es hacerla el solemne homenaje de nuestro respeto; adorémosla tambien y apresurémonos á celebrar una fiesta en honor suyo.” Al instante los salvajes bailaron y cantaron al rededor de la cesta, á la manera de los indios. La funcion se prolongó hasta ahora muy avanzada de la noche, y solo pudo cesar cuando todos fueron cayendo rendidos de fatiga y de embriaguez, ante el nuevo dios, objeto de su extraño culto.

Al otro dia Hatuey reunió de nuevo á sus indios y les dijo que despues de maduras reflexiones sobre el objeto de sus alarmas, habia pensado que la fiesta de la víspera no bastaba para asegurar su salvacion y que era indispensable arrojar de la isla el dios de los españoles. “En vano, prosiguió, le ocultariais cuidadosamente en los sitios mas recónditos; los hombres blancos sabrian bien pronto encontrarle, y aunque os le tragáseis, sabrian sacárosle de las entrañas. Arrojámosle al agua; que el mar le oculte á las miradas de nuestros opresores, y así nuestro país no escitará su ansiosa curiosidad.” Todos los salvajes aprobaron este dictámen dándose prisa á traer su oro para arrojarle al mar.

Este sacrificio ó esta precaucion no impidió que el pabellon español flotase en la costa de Cuba.



Hatuey no se acobardó y quiso oponerse al desembarco de los españoles: llegaron á las manos, y despues de una corta resistencia, las tropas fueron derrotadas y el desgraciado cacique hecho prisionero. Para aterrar á los demás caciques y conseguir con un solo castigo, pero ejemplar, la pronta sumision de la isla, Hatuey fué sentenciado á ser quemado vivo.

En el momento en que atado á un poste contemplaba con mirada estoica los preparativos de su suplicio, un fraile franciscano se acercó á él para ofrecerle los consuelos de su ministerio, para prepararle á la muerte con piadosas exhortaciones. Como le hablase del paraíso, mansion reservada al justo y al inocente, le preguntó el cacique:

—¿Hay tambien cristianos en ese sitio de delicias?

—Sin duda, respondió el religioso; pero solo los buenos son admitidos.

—Todos son malos, replicó Hatuey; yo no quiero ir á un paraje donde pueda encontrar un solo cristiano.

Este crimen de una política bárbara tuvo por resultado la sumision de todos los indios de Cuba: atemorizados con el suplicio de Hatuey, humillaron dócilmente su cabeza al yugo español, y Velazquez se vió dueño en pocos dias de una de las mayores y hermosas islas del universo.

Mientras que Velazquez se apoderaba de Cuba, otras expediciones se dirigian al continente descu-

bierto por Colon; los españoles fundaban establecimientos, y Ponce, el conquistador de la isla de Puerto-Rico, descubria la Florida por una circunstancia que merece contarse.

Los naturales de Puerto-Rico, segun una de sus antiguas tradiciones, aseguraron á los españoles que en cierto paraje hácia el Norte habia una isla con una fuente cuyas aguas tenian la virtud de restituir la salud, la mocedad y el vigor á los que se bañaban en ella. La curiosidad de Ponce fué altamente escitada con esta fábula, y tan crédulo como los indios que la propalaban, se hizo á la vela para descubrir la fuente milagrosa. Se dirigió al Norte por el lado de las islas Lucayas, y cuando al llegar al grado veintiseis de latitud setentrional se volvió hácia el Oeste, descubrió una tierra que forma parte del continente de la América setentrional. Dió á esta comarca el nombre de *la Florida*, ya por su rica y brillante vegetacion, ya por haberla descubierto en domingo de Pascua florida.

Este descubrimiento llamó la atencion de los españoles hácia una region aun desconocida: sospechaban, es verdad, que existian tierras en la latitud del vasto y opulento Méjico; pero nadie habia intentado resolver el problema. Esta gloria estaba reservada á un grande hombre que se presentó de repente en la escena.

Este grande hombre es *Hernan Cortés*.